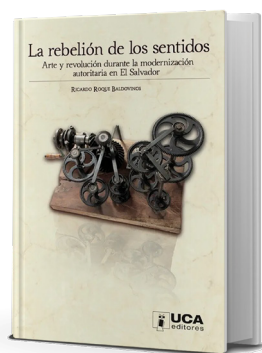


Estética, política y disenso: una lectura de *La rebelión de los sentidos* de Ricardo Roque Baldovinos



Aesthetics, Politics, and Dissent: A Review of *La rebelión de los sentidos* by Ricardo Roque Baldovinos

Rebeca Abigail Guerrero Orellana
Universidad de El Salvador

El Salvador
go21001@ues.edu.sv

ORCID: 0009-0000-7855-5485

Recibido: 15 de octubre, 2025

Aceptado: 3 de diciembre, 2025



Resumen

La rebelión de los sentidos examina las intersecciones entre arte, política y subjetividad durante la modernización autoritaria en El Salvador (1950–1980). El objetivo de esta reseña fue ofrecer una lectura crítica de la obra, destacando sus principales hallazgos, su estructura narrativa y sus aportes al campo de la historia cultural. A partir de una metodología analítica basada en lectura crítica y revisión contextual, se identificaron cinco ejes que estructuran el libro: urbanismo, literatura, teatro, contracultura y cine guerrillero. Cada capítulo revela cómo prácticas estéticas funcionaron como espacios de resistencia o cooptación ante el autoritarismo. Entre los principales hallazgos se destaca la capacidad del autor para entrelazar testimonios, análisis político y lenguaje literario en un relato que ilumina tanto las potencialidades como los límites del arte revolucionario. La reseña concluye que el libro constituye un aporte valioso para entender la dimensión sensible de lo político en contextos de represión y transformación. Asimismo, abre nuevas posibilidades para investigar la historia cultural desde una perspectiva inter y transdisciplinaria.

Palabras clave: arte, autoritarismo, contracultura, estética, historia cultural

Abstract

La rebelión de los sentidos explores the intersections between art, politics, and subjectivity during El Salvador's authoritarian modernization (1950–1980). This review aimed to provide a critical reading of the book, highlighting its main findings, narrative structure, and contributions to cultural history. Based on analytical reading and contextual review, five key themes were identified: urbanism, literature, theater, counterculture, and guerrilla cinema. Each chapter shows how aesthetic practices served as spaces of resistance or co-optation in the face of authoritarianism. Among the most significant findings is the author's ability to interweave testimonies, political analysis, and literary language in a narrative that reveals both the possibilities and limitations of revolutionary art. The review concludes that the book is a valuable contribution to understanding the sensitive dimension of politics under repression and transformation. It also opens new paths for researching cultural history from an inter- and transdisciplinary perspective.

Key words: art, authoritarianism, aesthetics, counterculture, cultural history.

Introducción

Durante la segunda mitad del siglo XX, El Salvador atravesó un proceso de modernización autoritaria que transformó significativamente sus estructuras sociales, económicas y culturales. Este contexto marcó profundamente la producción artística e intelectual del país, generando múltiples formas de respuesta frente al poder estatal, desde la adaptación hasta la resistencia. En este escenario, el arte no fue solo una expresión estética, sino también un campo de disputa política y de configuración de subjetividades. La obra *La rebelión de los sentidos*, de Ricardo Roque Baldovinos, se inserta en esta problemática,

proponiendo una lectura crítica de los vínculos entre arte, revolución y modernización desde una perspectiva que privilegia la dimensión sensible de la historia. El libro invita a reflexionar sobre cómo la literatura, la arquitectura, el teatro, la música, el cine y la contracultura permitieron imaginar —y a veces habitar— formas alternativas de vida en medio de un régimen autoritario.

En “La rebelión *de los sentidos*”, el autor desarrolla un ambicioso análisis sobre las articulaciones entre arte, estética y política durante el proceso de modernización autoritaria salvadoreña de mediados del siglo XX. Lejos de una historia cultural convencional, este libro propone una lectura de las políticas públicas, las artes visuales, la literatura y el teatro como territorios en disputa, donde se ensayaron visiones de futuro que desafiaron —y a veces reforzaron— el ethos autoritario. El autor se vale de una diversidad de fuentes: documentos oficiales, entrevistas, obras literarias, poemarios, revistas especializadas y testimonios, para construir un mapa complejo de las comunidades estéticas que surgieron en el país durante los años 1950 a 1980.

La obra destaca por su estructura narrativa peculiar, que delata la formación académica del autor: Licenciado en Letras, con Maestría en Artes en Literatura Comparada y Doctorado en Filosofía en Lenguas y Literaturas Hispánicas. Todo ello queda reflejado en su forma poética de narrar los procesos históricos, en el uso de referencias literarias para iluminar episodios sociales concretos, y en una prosa que transita entre el ensayo, la crónica y la alegoría. Esta combinación convierte al libro en una experiencia de lectura cautivadora que despierta el deseo de conocer las obras literarias, teatrales, musicales y visuales que se comentan. No obstante, este mismo recurso estilístico puede actuar como un arma de doble filo, pues tanta densidad poética en la narrativa puede a veces distraer al lector o dificultar el seguimiento del hilo argumental principal.

El primer capítulo del libro se centra en la dimensión urbana del proyecto modernizador, particularmente durante las décadas de 1950 y 1960, cuando el Estado salvadoreño asumió un rol protagónico como planificador de la vida colectiva. En

este periodo se desplegó una intensa política de obras públicas y vivienda que no solo buscaba resolver necesidades materiales, sino también modelar subjetividades: el ciudadano moderno debía vivir y formarse en ciudades modernas. Este afán de rediseñar tanto el espacio físico como las formas de vida responde a lo que el autor denomina una biopolítica tropicalizada, una estrategia estatal que aspira a administrar la vida desde arriba, sin lograr una incorporación plena de las mayorías populares. La modernización se presenta entonces como una promesa restringida, reservada para ciertos grupos urbanos, educados, disciplinados y funcionales al orden autoritario.

La Dirección de Urbanismo y Arquitectura (DUA) emerge como un eje institucional clave en este proceso, reuniendo a arquitectos e ingenieros formados en el extranjero y locales. Entre ellos destacan figuras como Ehrentraut Schott y Renato Romero, cuya práctica profesional evidencia la tensión entre las aspiraciones del estilo internacional —vinculado a las vanguardias europeas— y la necesidad de adaptarse a los contextos económicos, climáticos y culturales del país. La arquitectura, en este sentido, no es solo técnica ni estética, sino un lenguaje político que vehicula un imaginario de futuro. El diseño de espacios habitacionales como los Centros Urbanos, con su énfasis en la familia nuclear, el orden y la limpieza, deja ver un deseo estatal de programar la vida cotidiana como si fuese posible moldear identidades sociales a través del uso del espacio y el concreto.

De ese modo, la ciudad moderna se convierte en un escenario privilegiado para anticipar una colectividad futura que, sin embargo, excluye sistemáticamente a los sectores populares. Estos quedan relegados a la periferia del discurso urbanístico, tal y como ya lo estaban en el espacio urbano, y son vistos como residuos de un pasado atrasado que debía ser superado por la racionalidad del progreso. Con agudeza crítica y sensibilidad literaria, el autor pone en evidencia cómo esta visión estético-política de la ciudad fue construida más como una alegoría que como una práctica inclusiva, y cómo su legado persiste todavía en el paisaje fragmentado de la capital.

El segundo capítulo del libro representa un cambio de registro tanto narrativo como metodológico. Aquí, Baldovinos se adentra en el mundo literario y poético para examinar cómo la palabra se convierte en un territorio de lucha simbólica, de subjetivación y de construcción de una sensibilidad política. Uno de los aportes metodológicos más relevantes en este apartado es el uso del enfoque biográfico y la historia oral. El autor recurre a entrevistas y a relatos de vida de escritores como Manlio Argueta, José María Cuéllar, Ricardo Castorrivas y otros, quienes relatan sus primeros acercamientos a la literatura, las condiciones materiales que enfrentaban y las dificultades para integrarse al campo cultural en una sociedad ya profundamente fragmentada y en creciente conflictividad. Estos testimonios no solo iluminan las trayectorias personales, sino que permiten comprender el contexto histórico de la época para los aspirantes a escritores en El Salvador.

El capítulo propone una relectura crítica del concepto de “ciudad letrada” de Ángel Rama. Lejos de una élite ilustrada y homogénea, los nuevos letrados emergen desde espacios obreros, populares y autodidactas. A través del trabajo tipográfico, la militancia, la bohemia y el aprendizaje informal, se gesta una comunidad estética plebeya que hace de la poesía no un refugio, sino una herramienta de acción y de construcción simbólica del porvenir. La literatura se plantea aquí como un laboratorio de experimentación de lo político, y la poesía como lenguaje anticipatorio, capaz de imaginar nuevas formas de sensibilidad y convivencia.

Un ejemplo paradigmático de esta sensibilidad poética es el poemario *Crónicas de infancia* de José María Cuéllar. Baldovinos destaca esta obra como un desplazamiento radical respecto a la tradición nostálgica y bucólica de autores como Salarrué o Claudia Lars. En Cuéllar, la infancia no es un espacio idealizado, sino una zona de fractura, despojo y exilio. Desde esa herida, el autor construye una comunidad estética de los desterrados, un archivo sensible de la pérdida convertido en apuesta utópica. La escritura se vuelve entonces un ejercicio de recuperación

crítica, que no mitifica el pasado, sino que lo resignifica en clave emancipadora.

Narrativamente, el capítulo se presenta en sus primeras páginas como uno de los más dinámicos y atractivos del libro, gracias al uso del recurso testimonial que otorga un carácter vivencial y cercano a los procesos culturales narrados. No obstante, a medida que avanzan las páginas, la abundancia de transcripciones textuales provenientes de entrevistas con una gran cantidad de autores vuelve la lectura densa y algo dispersa. Esta acumulación de voces, sin un trabajo más fino de síntesis o selección, puede dificultar el seguimiento de la línea narrativa central. Una estrategia más eficaz habría sido concentrarse en las trayectorias más significativas y condensar el resto de experiencias en una reflexión colectiva que preserve su valor documental sin saturar el relato. A pesar de esta limitación, el capítulo ofrece una reflexión imprescindible sobre la literatura como archivo de lo posible. No solo expone la emergencia de un nuevo sujeto estético en El Salvador, sino que también evidencia las condiciones materiales, sociales y afectivas que posibilitaron esta irrupción.

El tercer capítulo aborda la renovación teatral impulsada por el Bachillerato en Artes Escénicas en los años setenta. Inspirado en Augusto Boal y Bertolt Brecht, el autor muestra el cuerpo como espacio de lucha simbólica. El teatro invisible, las técnicas de acrobacia dramática y la creación colectiva constituyen prácticas de desubjetivación y reinscripción política. El teatro ya no era mero espectáculo, sino ensayo de un nuevo cuerpo social.

Lo más notable es cómo esta apuesta pedagógica, apoyada inicialmente por el Estado como forma de canalizar la rebeldía juvenil, terminó alimentando un movimiento cultural que se ligó orgánicamente a la izquierda revolucionaria. Grupos como Sol del Río 32 y Maíz devinieron verdaderos laboratorios de experimentación artística y militante, aunque no sin contradicciones, pues el propio movimiento sufrió tensiones entre profesionalización y subordinación política.

El cuarto capítulo de *La rebelión de los sentidos* constituye uno de los segmentos más singulares y provocadores de la obra. Aquí, Ricardo Roque Baldovinos se adentra en el universo contracultural que emergió en El Salvador a finales de los años sesenta y comienzos de los setenta, destacando las formas alternativas de sensibilidad, arte y vida que se gestaron en comunidades jipis, bandas de rock, comunas de artistas y colectivos artesanales. Con un estilo narrativo que combina la crónica literaria con el análisis político y estético, el autor reconstruye un período marcado por el deseo de ruptura con el autoritarismo dominante y por la búsqueda de modos de vida más auténticos, colectivos y sensoriales.

Uno de los núcleos más impactantes del capítulo es el análisis de la novela *Operación amor*, de Manuel Sorto, cuya trama ficcionaliza el insólito encuentro entre un grupo jipi y el entonces director de la Guardia Nacional, el general José Alberto “Chele” Medrano. La anécdota —que en apariencia parece una fábula psicodélica— se sustenta en testimonios reales y revela cómo la contracultura logró perforar simbólicamente los pilares del ethos militarista. A través del consumo de LSD y una experiencia mística, el represor vive una conversión momentánea que lo lleva a proteger a los jipis y acogerlos en su cuartel. Esta escena, que combina el absurdo con la lucidez, permite al autor proponer una lectura crítica de los efectos disensuales que la contracultura provocó en el tejido autoritario de la sociedad salvadoreña.

El capítulo no se limita al análisis de este episodio legendario, sino que amplía su mirada hacia la música rock, el suceso, la psicodelia y la emergencia de nuevas comunidades estéticas. El rock se presenta no solo como una importación cultural, sino como una matriz sensible que permitió articular nuevas formas de vida. En este punto, Baldovinos resalta cómo la juventud de la clase media —hijos de comerciantes, obreros, profesionales o burócratas— encontró en el rock y el jipismo una vía para desafiar la obediencia y la disciplina que exigía el régimen de modernización autoritaria.

Otro eje fundamental del capítulo es la exploración del tránsito entre la comuna jipi urbana y la experiencia de La Palma, donde una comunidad de artistas liderada por Fernando Llort terminó fundando una cooperativa artesanal. A partir de un fracaso musical y una desilusión colectiva, los artistas deciden abandonar la capital y “reencantarse” con lo rural. En este desplazamiento se gesta una propuesta estética que articula psicodelia, imaginería popular y espiritualidad cristiana. Los diseños de Llort, inspirados en formas geométricas simplificadas y colores vívidos, se convierten en el núcleo visual de una nueva identidad cultural nacional, adoptada por los artesanos locales a través de la cooperativa *La Semilla de Dios*. Baldovinos interpreta este fenómeno como una operación de disenso icónico: una alternativa frente al reparto de lo sensible impuesto por la modernización autoritaria.

Sin embargo, el autor no idealiza el proceso. Señala que, con el tiempo, esta comunidad estética pierde su impulso contracultural y se convierte en un emprendimiento turístico, reabsorbido por la lógica del mercado. La comuna no desemboca en una subjetivación política, pero anticipa —a través de la estetización del mundo campesino— el surgimiento de un nuevo sujeto histórico: el movimiento campesino organizado. En este sentido, el capítulo traza una genealogía estética de la revolución salvadoreña, mostrando cómo ciertas formas de vida marginales y aparentemente “inofensivas” contenían en sí mismas un potencial político que germinaría en la década siguiente.

Este capítulo es una alegría dentro del libro por su originalidad, riqueza narrativa y su capacidad para entretejer arte, política y experiencias cotidianas. Baldovinos nos muestra que la contracultura, lejos de ser una nota al pie en la historia nacional, fue una fractura sensible que permitió imaginar —y a veces habitar— otros mundos posibles. Sin embargo, también advierte que este impulso fue frágil, contradictorio y, muchas veces, cooptado por el mercado o por las urgencias de la guerra.

En el quinto y último capítulo, Ricardo Roque Baldovinos se sumerge en un análisis tan apasionado como riguroso del

llamado “cine guerrillero” producido en El Salvador durante la guerra civil. Lejos de abordar el fenómeno desde una mirada celebratoria o ingenuamente militante, el autor lo problematiza como un campo de tensiones donde se entrecruzan la estética, la política y la tecnología en el contexto extremo del conflicto armado. A partir del contraste entre dos grandes modelos de temporalidad —la narrativa de la anticipación y la narrativa de la espera— Baldovinos articula una lectura crítica sobre las aspiraciones, logros, contradicciones y fracasos del cine revolucionario salvadoreño.

El capítulo parte de una escena paratextual de *El Salvador: el pueblo vencerá* (1982), la más conocida de las producciones del Instituto Cinematográfico de El Salvador Revolucionario (ICSR), para ilustrar cómo la cámara deviene un arma simbólica del proceso revolucionario. A partir de allí, se reconstruye la historia del colectivo Cero a la Izquierda y de películas como *La zona intertidal* y *La decisión de vencer*, dirigidas por Guillermo Escalón y Manuel Sorto, artistas de formación autodidacta con fuerte conexión con las vanguardias teatrales y artísticas previas a la guerra.

Una de las aportaciones centrales del capítulo es su insistencia en que el cine guerrillero salvadoreño no fue una emanación espontánea del conflicto, como suele narrarse, sino el resultado de la convergencia entre vanguardias estéticas y compromiso político. En este sentido, Baldovinos deconstruye el mito de que “se empezó desde cero” al revelar las trayectorias de artistas como Escalón, Sorto y Polío, quienes ya venían explorando lenguajes visuales complejos en cortos como *Topiltzín*, donde el montaje y el trayecto del niño por la ciudad funcionan como una metáfora visual que refleja las tensiones y desigualdades propias de una ciudad marcada por el subdesarrollo.

El autor introduce una clave de distinción entre el arte “en” la revolución y la “revolución” en el arte. La primera sería instrumental, subordinada al mandato político; la segunda, una exploración anticipatoria de nuevas formas de sensibilidad colectiva. Es en esta última que ubica a filmes como Morazán

y *La zona intertidal*, que apostaron por un lenguaje audiovisual innovador, con recursos limitados, pero, donde se advierte un esfuerzo por construir imágenes de la utopía desde una estética del “mínimo de violencia y mínima comandancia”.

Sin embargo, el capítulo no idealiza el cine de resistencia. Al contrario, muestra cómo, con el paso del tiempo, las exigencias de las dirigencias político-militares fueron desplazando la dimensión estética a favor de una visión más funcional e instrumental del cine como mera propaganda. Así ocurrió con *El Salvador: el pueblo vencerá*, obra que, pese a su ambición técnica y colaboración internacional, termina convertida en un plagio que refuerza una visión centralizada y jerárquica de la revolución. En contraste, películas anteriores como *La decisión de vencer* o *Morazán* intentaban sostener una mirada más horizontal, vitalista y utópica de la colectividad.

El análisis también destaca el valor experimental del lenguaje cinematográfico adoptado por estos jóvenes realizadores, quienes no solo filmaban, sino que editaban, diseñaban y echaban a andar narrativas adaptadas a condiciones de guerra. En este contexto, la estética no es un mero adorno, sino una estrategia de sobrevivencia y subversión. Baldovinos observa cómo estos cineastas logran convertir la escasez de recursos en una forma de innovación, incorporando planos poéticos, simbolismos naturales, y técnicas heredadas del cine-montaje soviético, el cine neorrealista y el teatro experimental.

Finalmente, el capítulo concluye con una amarga constatación: la promesa del cine revolucionario salvadoreño colapsó antes de que finalizara la guerra. El desplazamiento de la narrativa de la anticipación por la narrativa de la espera — una subordinación del arte a la disciplina partidaria— marcó el fin de la efervescencia creativa que había caracterizado las primeras producciones. El cine dejó de imaginar la comunidad futura para convertirse en engranaje de la maquinaria bélica, perdiendo con ello su potencial disensual. Este capítulo ofrece una mirada lúcida y melancólica sobre la tensión entre arte y revolución. Nos recuerda que el cine guerrillero salvadoreño no

fue solo propaganda o documento, sino también un laboratorio estético de enorme densidad política, donde se intentó anticipar, con imágenes, una forma distinta de vivir en común.

La rebelión de los sentidos es un libro que articula con rigor teórico y sensibilidad etnográfica una historia cultural crítica del autoritarismo moderno salvadoreño. Lejos de presentar el arte como un reflejo pasivo de las estructuras políticas, el autor lo concibe como un campo de batalla donde se configuran, disputan y desafían las formas de vida. Uno de sus mayores logros es rescatar la dimensión sensible de lo político, mostrando cómo ciertas experiencias estéticas pueden abrir o cerrar el horizonte de lo posible.

Un aspecto sobresaliente del libro es la forma en que Baldovinos logra entrelazar a los personajes con las temáticas que desarrolla. A medida que avanzamos en la lectura, reconocemos trayectorias que reaparecen en distintos capítulos, lo que permite establecer conexiones entre diversas ramas artísticas —como la arquitectura, la poesía, el teatro, la música o el cine— a partir de las experiencias personales de sus protagonistas. Esta estructura entretejida no solo enriquece la narrativa, sino que permite al lector construir una comprensión más compleja del ecosistema cultural salvadoreño durante la modernización autoritaria.

Aunque el autor se adentra con profundidad y solvencia en cada ámbito artístico, cada capítulo deja entrever que los temas abordados merecerían desarrollos aún más amplios. En ese sentido, el libro funciona como un proyecto ambicioso que logra sostener su propuesta de manera coherente, pero que también siembra una semilla de interés investigativo en quienes deseen explorar en mayor detalle alguno de estos campos específicos. Cada área ofrece un enorme potencial para futuros estudios.

Este libro nos sitúa en el contexto salvadoreño desde una perspectiva distinta: dinámica, afectiva y profundamente empática. Gracias a los testimonios de los personajes envueltos en cada proceso artístico, la obra logra transmitir no solo conocimiento, sino también emoción. *La rebelión de los sentidos*

no solo explica la historia del arte en El Salvador, sino que nos permite sentirla, reconocer sus fracturas, sus luchas y sus promesas inacabadas.

Revisión de la literatura

La obra *La rebelión de los sentidos* se sitúa en una línea de investigación relativamente reciente dentro de la historiografía salvadoreña: la historia cultural de la modernización autoritaria. Si bien existen trabajos sobre arte, política y guerra civil, pocos han abordado con este nivel de profundidad las dimensiones estéticas como espacios de disputa política. El libro dialoga críticamente con autores como Ángel Rama —especialmente su concepto de “ciudad letrada”—, al tiempo que incorpora nociones contemporáneas como la biopolítica y el disenso, provenientes de pensadores como Michel Foucault y Jacques Rancière. En el ámbito nacional, se relaciona con estudios sobre el teatro revolucionario, la literatura testimonial y el cine insurgente, aunque propone una lectura más transversal e interdisciplinaria. Su enfoque difiere de las narrativas institucionales o lineales al privilegiar las experiencias sensibles, los márgenes culturales y las subjetividades que no siempre han sido reconocidas como agentes históricos. En ese sentido, el libro representa una contribución original que actualiza el campo de estudios culturales salvadoreños, invitando a una lectura más compleja de las relaciones entre arte y poder.

Conclusión

La rebelión de los sentidos es una obra ambiciosa que logra articular arte, política y memoria desde una perspectiva crítica y sensible. Ricardo Roque Baldovinos no solo ofrece un recorrido por diversas manifestaciones estéticas, sino que construye una narrativa que permite comprender cómo el arte operó como lenguaje político y como forma de anticipar otros mundos posibles. La reseña destaca la riqueza del análisis, así como las tensiones que atraviesan el texto, especialmente en lo referente al estilo literario y la densidad

testimonial. No obstante, estos aspectos también son parte de su propuesta innovadora. Como conclusión, puede afirmarse que el libro constituye una referencia clave para futuros estudios sobre historia cultural en El Salvador, y plantea importantes desafíos para pensar la relación entre sensibilidad, estética y revolución. Futuras investigaciones podrían profundizar en los casos abordados por el autor o extender su análisis a otros lenguajes artísticos y contextos históricos.

Referencia:

Roque Baldovinos, R. (2020). *La rebelión de los sentidos: arte y revolución durante la modernización autoritaria en El Salvador*. 1ªed. San Salvador, El Salvador: UCA Editores.

